

Pepe Colubi
DISPERSIÓN



Después de presentar su año en Estados Unidos (*California 83*) y en la universidad (*Chorromoco 91*), Pepe Colubi retoma las andanzas de su *alter ego* en el momento en que Pipi obtiene su título académico en 1994. A base de inconstancia, falta de ambición y tendencia a no esforzarse, intentará labrarse un futuro sin doblar el espinazo. Nadie ha logrado menos con tan poco.

Pipi entra en la vida laboral sin muchas expectativas y con todas las ganas de pasárselo bien. Trabajos precarios, relaciones inestables, bares tumultuosos y conciertos desenfrenados mientras la madurez impone sus criterios. ¿Qué podría salir mal?

Una novela que consigue la empatía del lector, incluso en sus lances más patéticos, rastreros y ruines. Un canto desafinado al optimismo injustificado, a la alegría de vivir, al poder sanador de la música.

Índice de contenido

01. Cypress Hill, «Insane in the Brain»
 02. Soundgarden, «Black Hole Sun»
 03. Adina Howard, «Freak Like Me»
 04. Jamiroquai, «Virtual Insanity»
 05. The Divine Comedy, «Something for the Weekend»
 06. Fatboy Slim, «The Rockafeller Skank»
 07. The Strokes, «Last Nite»
 08. Basement Jaxx, «Where's Your Head At»
 09. Jorge Ben, «Para Ouvir no Rádio»
 10. Gorillaz, «Feel Good Inc.»
 11. Amy Winehouse, «Love is a Losing Game»
 12. Antony and the Johnsons, «Hope There's Someone»
- Sobre el autor

No me importa contar cosas terribles si consigo
hacerlas divertidas.

LUCIA BERLIN,
Manual para mujeres de la limpieza

Sentía nostalgia de lo que pasaba mientras
estaba pasando.

DOUGLAS COUPLAND,
Generación X

01

CYPRESS HILL
Insane in the Brain

La verdad es que lo vi venir. Iba sentado en mitad del asiento trasero, reclinado hacia delante y apoyado en los respaldos del tipo que conducía y su copiloto. Los tres reíamos y hablábamos con el *Killing in the Name* sonando a tope, éramos un pequeño jolgorio veloz enlatado en aquel Seat que atravesaba el alba huyendo de un *after* a las afueras. Vi con claridad que el conductor no hacía amago de tomar la curva y seguía de frente. Pensé que a esa velocidad saldríamos volando por encima del pequeño terraplén hasta estrellarnos en el descampado que asomaba al otro lado, pero llegamos a la cuneta y el coche cabeceó a duras penas sobre el desnivel antes de resbalar dócilmente por el talud de piedras y guijarros.

Solo entonces me di cuenta de lo despacio que íbamos.

Los dos desconocidos se partían de risa mientras intentaban arrancar de nuevo. Las ruedas de atrás escupían barro y el vehículo se anclaba un poco más en cada acometida. El susto me había rebajado la euforia. El poderoso marrón que se abría ante mí para regresar a casa adquiriría el tamaño de Godzilla. Abatido por la indolencia, salí del coche y, sin despedirme de mis recién estrenados amigos, me dirigí al arcén. Comencé a andar hacia la ciudad con la esperanza de hacer dedo cuando pasara alguien.

Lloviznaba.

Los noventa se habían precipitado dentro de su década como aquel auto por el terraplén: patinando de manera lenta, algo patética, bastante torpe. Las dudas se disolvieron como un azucarillo ante el empuje de la realidad y las expectativas no parecían cumplirse. La semilla original del *grunge*, antes de difuminarse en los reportajes de moda, definía el estado de ánimo del personal ante la vida. La parranda ochentera se enfangaba según se acercaba al cambio de siglo. Yo había terminado la carrera de filología dos años atrás y, en general, el resultado no se correspondía con el esfuerzo realizado. Tal y como me temía, obtener el título solo era un salto más en el vacío; mientras estudiaba tenía un objetivo, un sitio al que llegar, aunque fuera con desgana. Pero, una vez superado ese obstáculo, no había suelo bajo mis pies. Me preguntaba cuándo cesaría esa sensación de abismo después de las metas volantes: el regreso a España tras mi COU de pacotilla en California, la entrada en la universidad, el fin de la carrera, los curros solapados...

Me sentía todo el rato como Kennedy en el descapotable de Dallas, sonriendo y saludando a la gente un segundo antes de que me estallara la cabeza.

La posibilidad de preparar unas oposiciones se me antojó un muro infranqueable que esquivé como suelo hacer ante las grandes decisiones: engañándome a mí mismo. Me di un año de espacio, pronto se convirtieron en dos y ya apuntaban a tres. En ese tiempo, mis padres parecían haberse acostumbrado a mi exigua ambición profesional, más cercana al «ir tirando» que al «esfuerzo recompensado». Mi madre aceptó con resignación mi firme renuncia a la oferta de empleo que me había hecho su primo en la empresa de mensajería, y yo tranquilizaba mi conciencia pensando que mi padre valoraba mi capacidad para capear los temporales de la existencia en la chalupa del optimismo.

El flotar como mérito.

Me había especializado en curros precarios de supervivencia cuya inestabilidad convertía mi vida laboral en una

carrera de zamburguesas en *Humor amarillo*. Siempre adelante, sin mirar atrás, de ocupación en ocupación, diciendo sí a todo, qué le vamos a hacer. Seguía ejerciendo de redactor comercial escribiendo aburridos publlirreportajes en revistas corporativas y catálogos de empresa, colaboraba lastimosamente en una emisora de radio local, daba clases particulares de inglés, me ofrecía como traductor o crítico musical y también ejercía como ocasional camarero de refuerzo. Todas esas menudencias conformaban un sueldillo mensual que no llegaría a digno si no fuera por las desprendidas aportaciones económicas de mis padres. Menos mal que mi hermano disponía de un buen sueldo en la fábrica de cerámica del pueblo y era económicamente autosuficiente. Conmigo, más que haber tenido un hijo, se habían hecho socios de la ONG Salvad a Pepe.

Iba disparado hacia ninguna parte.

Sin embargo, de manera imperceptible para el ojo humano de mis padres, yo sentía que escalaba peldaños, salvaba metas, llegaba a algo. La cosa mejoraba. Solo necesitaba un pequeño golpe de suerte para pasar varias pantallas de una tacada.

El optimismo, siempre ahí. Quizás hundiendo mis posibilidades, o quién sabe, también anulándolas, esa esperanza injustificada que tantas veces me redimía, pero que de algún modo matizaba mis ambiciones. ¿Dónde termina el «todo mejorará» cuando la vida va bien? ¿Cuándo acaba el «cualquier cosa puede ir a peor» si estás en la mierda? El pesimista vive agobiado por el peso de la realidad y se enfrenta a ella, pero el optimista solo la ignora, mira hacia otro lado. ¿Quién está más preparado para asimilar los sinsabores y quién sabe disfrutar mejor las alegrías?

La distancia física que separaba mi hogar familiar en el pueblo de la habitación alquilada en la ciudad mantenía cierto misterio a ojos de mis padres. Mi supervivencia de mínimos no era tan evidente para ellos, la miseria de los pequeños detalles se difumina en la lejanía. Seguía com-

partiendo piso con Jandro, mi casero. Desde la marcha, dos años atrás, de Christoph, su otro inquilino, nadie había ocupado la tercera habitación, así que solo éramos dos habitantes con horarios distintos. No podía decir exactamente que era mi amigo, pero era un buen casero, flexible a la hora de ser pagado, aunque yo tampoco solía retrasarme o acumular mensualidades.

Llevábamos demasiado tiempo compartiendo piso. No es que hubiera roces o malos modos, solo habíamos acomodado nuestra intimidad fragmentada. Él se había hecho a mi aportación mensual y yo me encontraba a gusto con las prestaciones del trato. Conocíamos tan al dedillo las costumbres y protocolos del otro que apenas coincidíamos en los espacios comunes. Tras la marcha de Christoph, Jandro nunca se apresuró a buscar arrendatario para la plaza libre, y yo no sacaba el tema por si me subía el alquiler. Con el tiempo dejó de hablar de las oposiciones que llevaba tanto tiempo preparando. Después, cesaron sus viajes a Astorga para ir a ver a aquella novia misteriosa que nunca le devolvía las visitas. Seguía siendo taciturno y reservado, pasaba muchas horas encerrado en su habitación, igual que cuando preparaba los exámenes. Las pocas veces que coincidíamos en la cocina o en el salón frente al televisor no tratábamos temas personales. Hablábamos del tiempo, de lo que saliera en la tele en ese momento, de algún vecino. Conversaciones de peluquería. Sala de espera. Inocua vacuidad.

Un día, sin querer, le escuché hablando por teléfono y me pareció que mencionaba la herencia de algún pariente lejano en Galicia. Nunca tuve la certeza de que hubiera recibido dinero extra e inesperado, pero a ratos temía que su idea fuera acabar prescindiendo de aquel disperso sin objetivos en la vida que era yo.

La falta de ambición mezclada con el entusiasmo por lo que me tocara hacer era una receta imbatible: las exiguas perspectivas previas me hacían inmune al fracaso. Mis curas

en salud amortiguaban las decepciones, mis ilusiones desmedidas magnificaban mis éxitos. Acometía todas las peripecias con una justa mezcla de pros y contras que suponía más esfuerzo del necesario. No dejaba de repetirme que la gente que persigue sus sueños huye a la misma velocidad de sus pesadillas.

señal de peligro

Habían pasado tres años desde que Janine me había follado con mayúsculas en aquel hotel de Barcelona. Seguía sintiendo esa acometida como una de las cumbres de mi azarosa vida, pero pronto comprendí que su enfática entrega había saldado una cuenta y cerrado las puertas a un reencuentro.

A no ser que se divorciara de Mark, claro.

Sus misivas se habían reducido a dos felicitaciones, una en Navidad y otra cerca de mi cumpleaños al año siguiente. Después de aquellas cordiales postales —que no incluían referencia alguna a nuestra pasión desatada— llegó un vacío que yo llenaba rebozándome en el recuerdo de la plenitud. Aquel polvazo seguiría vivo mientras yo me acordara. Qué fácil, bonito y doloroso es perpetuar algo en lo que no hay malos recuerdos que filtrar.

Llegué a enviarle dos cartas más que no obtuvieron respuesta. Las redacté con tal cuidado y omisión de datos comprometedores por si las leía su marido que más bien parecían actas notariales entre refinados aristócratas de tibia amistad.

De mis amigos del pueblo, solo mantenía contacto esporádico con Lennon y el Gerva, mis amigotes del instituto. Nos veíamos en las fiestas patronales, en Navidad, o en los puntuales fines de semana en los que visitaba a mis padres. Nuestra mecánica era siempre la misma; cervezas y agrías

discusiones sobre Beatles o Rolling Stones. En ese punto nunca faltaba la frase mítica de Lennon, haciendo honor a su apodo:

—Solo Brian Jones habría merecido un hueco en los Beatles.

No había vuelto a saber nada de Bosco desde aquella aciaga noche, dos años atrás, en la que él y Wendy huyeron a Alicante. Dicho así suena mucho menos épico de lo que fue. La nostalgia no viene con manual de instrucciones, cada uno la maneja como puede. Hay quien se muestra inmune y quien vive inmerso en el recuerdo de una felicidad pretérita. Los primeros olvidan su pasado, los otros no disfrutan el presente. Lo más saludable es un punto medio que te permita aprehender vivencias para tamizar el porvenir. Aunque suena a esperanza barata, lo llamo supervivencia evolutiva, quizás, precisamente, porque peco de optimista.

Bueno, y de otras cosas.

En realidad, peco todo lo que puedo.

Siempre me acordaba de Bosco en momentos de vibración sensible. La emoción es como el agua de lluvia alojada bajo una inestable baldosa en la acera: salpica cuando menos lo esperas. Los motivos que pueden alterarte el ánimo de manera intensa y fugaz son inescrutables, pero deben ser puntualmente imprevisibles, porque si sufres continuas variaciones de tu estado anímico deberías hacértelo mirar. O cambiar de acera, claro. Emocionarse, además de bueno, es justo y necesario porque ese arrebató, agradable o penoso, funciona como un géiser que libera las tensiones propias de cualquier persona con dos dedos de corazón. No sabía nada de Bosco y solo él podía comunicarse conmigo, no tenía más dato suyo que «Alicante», y a saber si seguiría por allí.

Urtubi, mi otro gran valedor de los años de facultad, me había escrito un par de veces desde Murcia, donde trabajaba en el negocio familiar. Sus breves misivas me habían

transmitido tanta cordialidad como hastío hacia el rumbo que había tomado su vida. Mencionamos vagamente la posibilidad de vernos, quedar en Madrid, hacer algo, pero todo sonaba remoto e improbable. Las cartas se fueron espaciando.

De los verdaderos amigos no hace falta despedirse.

También habían pasado dos años desde aquella tarde en la que escuché el *Nevermind* de Nirvana por primera vez. Nada más disfrutarlo entero lo grabé en una cinta para pasárselo a Urtubi esa misma noche, pero no apareció por El Mundo y cuando llegué al Muralla, ya con varias cervezas aturdiéndome la percepción, decidí actuar como si fuera el profeta que tenía la verdad y la vida en sus manos, solo que, en lugar de dos tablas de piedra, yo llevaba los textos sagrados en una casete TDK de noventa minutos. Y los mandamientos, en vez de tallados, estaban cantados por Kurt Cobain.

Sonaba en el bar el *Give It Away* de los Red Hot Chili Peppers, llenándonos a no pocos iluminados de danzarinés ímpetus funky-simiescos. Me enamoré fugazmente de una diosa que bailaba con los ojos cerrados y la mente abierta, transmitiendo una entrega y una felicidad plenas. Me habría gustado abrazarla, saltar con ella, llenarme de la droga natural que desprendía. De pronto abrió los ojos y se subió al tío que cabrioleaba a su lado; lo abrazó por el cuello mientras le prensaba la cintura con ambas piernas. Su amigo no esperaba el envite —también bailaba con los ojos cerrados— y pude ver cómo los dos se precipitaban al suelo a cámara lenta, como si a la torre de Pisa le dieran el empujoncito que lleva siglos pidiendo.

Al acabar la canción me acerqué a la barra a pedir otra birra y me encontré con un conocido de la facultad. Solo puedo decir «conocido» porque en aquel instante no recordaba su nombre. O puede que nunca lo hubiera llegado a

saber, ese era el nivel de confianza. Nos saludamos y celebramos con la mirada que arrancara el *Enter Sandman* de Metallica.

—¿Has escuchado el disco de Nirvana? —le pregunté, palpando la cinta dentro del bolsillo de mi cazadora.

—Solo conozco el vídeo ese que tocan en un instituto. Mola.

Su apatía y falta de concreción me hicieron dudar por un momento, pero enseguida reubiqué su laguna como una motivación para entregarle el álbum que le cambiaría la vida.

—Te voy a regalar esto —dije con solemnidad, mostrando la casete. Y como si él no supiera leer las gruesas letras claramente escritas a rotulador en el lomo y en la propia cinta, añadí en voz alta—: Se titula *Nevermind*. Lo vas a flipar.

Yo me veía en ese momento como un Jesús del Gran Poder del *rock*. Esperaba que se postrara de rodillas en señal de agradecimiento, respeto y humildad. Pero no ocurrió nada de eso. No veneró mi porte. No alabó mi generosidad. Miró la casete con franca indiferencia y la guardó en el bolsillo de su camisa.

—Ya te contaré —remató como si no se fiara del todo. Habría pagado por arrancársela del pecho.



Regresaba a casa en autobús desde el pueblo de mis padres. El calor dentro de aquella cafetera derretía los ánimos y el plástico. El sol nos abrasaba desde fuera como a saltamontes atrapados en una caja de cristal. El aire acondicionado se reducía a unas trampillas inservibles colocadas encima de cada asiento como vestigio de un sistema de refrigeración que alguna vez, en el pasado remoto, debió funcionar. Me tomaba con resignación ese trayecto que me sa-

bía de memoria, pero las dos horas y cuarto que duraba se me hacían insuperables, plúmbeas, soporíferas. Para matar ese tiempo me había gastado cuatrocientas pesetas en el *Rockdelux* de mayo con David Bowie en portada al lado de un listado de los artistas tratados en ese número; los tres primeros eran Ramones, Jimi Hendrix y Aerosmith.

A tope con los noventa.

Tenía la impresión de que el criterio del conductor para hacer paradas era, simplemente, detenerse en cuanto el autocar lograba ponerse en marcha. De las cunetas surgían peatones entre la vegetación, como fantasmas que hacían una señal para subirse. De vez en cuando, algún pasajero con aires de despiste —siempre eran o muy ancianos o bastante adolescentes— se colocaba en la puerta del centro del bus para indicarle al chófer que se bajaba en medio de la nada. Y el pesado carruaje, renqueante, cabeceaba como un cachalote herido por la fatiga de la vejez. Aquellos autobuses siempre parecían el mismo, aunque no lo eran. Cada cierto tiempo sustituían al titular por un modelo con pequeños cambios de diseño que habían sido novedad años antes y que ahora aparentaban anacrónicas actualizaciones. Los autocares que transitaban en mi línea habían conocido trayectos de más enjundia, pero acababan en mi pueblo cuando ya no lucían prestancia y modernidad.

Venían a morir. Como los salmones al río.

El otrora lustroso terciopelo del tapizado se iba transformando en un paño ralo salpicado de calvas. Resoplaban los engranajes en la amortiguación como rodillas quebradas, crujían sus puertas en los chasquidos de apertura. Cualquier esfuerzo era un quejido lastimero. De tener voluntad y pensamiento propios, estoy seguro de que ese carromato desearía vararse en un prado lejos de la carretera para agonzar al raso, tiñendo de óxido su esqueleto abandonado. Un Titanic pequeñito invadido por la vegetación de superficie, convertido en nido de lechuzas y fortaleza de silencio para componer un bodegón hecho de hierro, grasa reseca,

caucho viejo, asientos raídos, jirones harapientos y toneladas de quietud. Un decorado fabricado de intemperie que siempre estaría en construcción gracias a la acción infinita de fríos, nieves, soles y lluvias. Estaciones pasando por un autobús en vez de lo contrario, qué paradoja. Así esperaría el final de los tiempos. Y millones de años después del último aliento de vida en la Tierra, no quedarían ni sus propios vestigios tras desintegrarse en el cosmos y solo ser partículas en suspensión.

Un gramo de aquel viaje pesaba toneladas de aburrimiento.

En una de las aleatorias paradas, se subió una muchacha que avanzó por el mugriento pasillo hacia el asiento a mi lado, uno de los pocos libres en el vehículo. Yo estaba concentrado en mi lectura y no la miré mientras se sentaba, pero de manera instintiva me re Coloqué en la butaca para echar el cuerpo, todo lo que pude, hacia la ventanilla. Ella se desplomó descuidadamente, cruzó los brazos y apoyó sin querer la cara exterior de su muslo izquierdo contra mi pierna derecha, a lo que respondí instintivamente cerrando las piernas. No había espacio para apartarse más.

Pero ella persistió en el apoyo.

Su muslo seguía pegado al mío invadiendo por muy poco mi espacio vital.

La miré fugazmente, pero mantuvo la vista al frente y su melena me impidió verle la cara. Volví la mirada a la revista y me fijé, de reojo, en sus zancas torneadas y lechosas, bien a la vista porque vestía unos pantalones cortos que se le hundían en las ingles. La fugacidad y educación del vistazo no me había proporcionado una estimación fiable para valorar su cuerpo, pero ese entrenamiento adquirido en catalogar sin ser visto me permitía anticipar un puesto bajo en el *ranking*.

Qué empeño tan absurdo el de clasificar mentalmente a las mujeres que jamás me follarán.

Ella estaba cómoda y parecía ajena a mí; reposaba su muslo contra el mío sin decoro ni disgusto. Relajé un poco la pierna derecha para recuperar parte del espacio que le correspondía a mi asiento. Esperaba que, al sentir mi leve presión, apartaría su muslo. Pero, inesperadamente, porfió en recostarlo con más ahínco.

Ya no era casual o involuntario.

Y entonces sentí un pequeño espasmo en la polla, el tipo de contracción involuntaria por mecanismo reflejo que anticipa una erección de las buenas.

Cerré el *Rockdelux* y giré la cabeza hacia la ventanilla, como si mirara el paisaje, pero no veía nada, solo podía sentir el calor de su muslo contra mi vaquero. Pensar en que una delgada tela separaba nuestras pieles redobló el riego sanguíneo en mis cuerpos cavernosos, que enseguida devino en palote feroz. El traqueteo del bus intensificó el roce: yo ya era la sota de bastos. Bendije el lamentable estado de aquella calzada de tercera porque sus curvas y numerosos baches contribuían al regodeo de la fricción. Lo malo es que la polla me hacía palanca contra el interior de la bragueta de botones y se me atravesaba de forma harto incómoda. Era como una jirafa dentro de un piso de protección oficial. Recolocarla manualmente, aunque fuera con disimulo, me pareció una manera muy tosca de subrayar el empalme. Así que empecé una imperceptible danza sinuosa que consistía en arquear las lumbares y tensar alternativamente los muslos con la esperanza de que la pértiga se enderezara dentro de la tienda de campaña que formaban mis calzoncillos. La revista descansaba sobre mi regazo y Bowie, con la cabeza algo ladeada, me observaba en silencio con un gesto neutro de reprobación, como si pensara: «Estás perro, cabrón». La mirada se me iba de las pupilas bicolors del Duque a las turbias zancas de la manceba. Es probable que moviera mis ojos como los de un camaleón.

Su muslo estaba del todo recostado sobre el mío y me sentía tenso con esa apoyadura. No sabía si existía esa pa-